

Roberto Ciai y
Marco Lazzeri

La
Sombra
del
Inquisidor



bóveda

Título original: *L'Ombra dell'Inquisitore*

Primera edición: 2013

Autores: Roberto Ciai y Marco Lazzeri

© 2010 Leone Editore, Milán

Publicado de acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agent. Italia

© de la traducción: Pablo Manzano, 2013

© de esta edición: Bóveda, 2013

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-50-9

Depósito legal: SE-1451-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	11
Antecedentes.....	15
Primer día	27
Segundo día.....	55
Tercer día.....	97
Cuarto día	125
Quinto día.....	151
Sexto día	197
Noveno día	215
Décimo día	225
Undécimo día	231
Duodécimo día	237
Decimotercer día.....	251
Decimosexto día	271
Decimoséptimo día.....	281
Decimooctavo día	335
Decimonoveno día	385

Vigésimo día	403
Vigésimo segundo día	413
Vigésimo cuarto día	441
Vigésimo quinto día	471
Vigésimo séptimo día	507
Vigésimo octavo día	517
Vigésimo noveno día	557
Trigésimo día	581
Trigésimo primer día	595
Septiembre de 1494	603
Epílogo	615
Comentario de los autores	623
Agradecimientos	627
Notas	629
Notas de los autores al texto	631
Traducción de expresiones latinas	634

A Mario y Elsa

PRÓLOGO

ALEJANDRÍA DE EGIPTO, SIGLO II A. C.

LA LUZ DEL SOL SE ABRÍA EN EL CIELO COMO LA COLA DE UN GIGANTESCO pavo real dorado y esparcía sobre las olas del mar verde miles y miles de luciérnagas que iluminaban y movían su brillo al unísono, palpitando, elegantes, sobre las olas.

Un calor terrible envolvía Alejandría aquella tarde. Desde el puerto de Eunostos hasta lo que quedaba del lago Mareotis al este de la ciudad vieja, el reflejo era intenso y cegador. Se sentía que entraba en los ojos aun a través de los párpados cerrados, cual rayo feroz de un antiguo dios enfurecido.

Abrasado por el soplo de aquel horno, el puerto parecía extrañamente tranquilo, casi dormido. En la dársena estaban fondeadas numerosas naves de carga egipcias y un trirreme griego, con el enorme ojo blanco pintado en el casco fijo en el horizonte. La nave cabeceaba indolente, tensando el cabo del ancla con el mismo crujido de chicharra que se escuchaba día tras día en todos los puertos del mundo. Las velas estaban enrolladas con cuidado y atadas rígidamente en torno al mástil. Un solo marinero, con la cabeza afeitada y ambos lados cubiertos con un paño de lino blanco, se movía en cubierta con las pocas energías acumuladas por el tórrido calor. Otras pequeñas embarcaciones la rodeaban oscilando con lentitud, cual descaradas rémoras que rodearan el enorme escualo. Levantaban algunas salpi-

caduras, que se nebulizaban en el aire y parecían evaporarse por el calor aun antes de que las gotas volvieran a caer en el agua. Sobre la dársena, algunos escribas protegidos por grandes parasoles tomaban nota de las mercancías, que llenaban cestos de mimbre de todas dimensiones.

Gaviotas, blancas como dientes, inmóviles encima de los no-ráis. Resaca que ponía al descubierto cintas verdes de algas sobre masas de piedra clara. Olor salitroso. Las velas chocaban al ritmo de las ráfagas del viento. Por todas partes, la silenciosa sinfonía del mar.

El Heptastadion, la vía más grande, partía en dos la dársena y se zambullía en el agua, marcando durante un largo trecho la superficie, hasta la isla de Faros. Aquí, circundada por escollos puntiagudos y guardada por las enormes estatuas del rey Tolomeo Filadelfo y de la reina Arsínoe, la torre luminosa se alzaba más de doscientos cincuenta codos. El faro era un coloso de mármol y piedra de un candor deslumbrante, que se decía era visible casi desde la isla de Rodas, incluso en caso de tempestad. Aparte de los encargados de la hoguera, que vivían en el interior del edificio durante meses enteros, pocos hombres habían tenido el privilegio y la fuerza de llegar al ápice, donde ardía el gran fuego. Contaban que se asomaba uno en el medio del cielo, con la perspectiva de un dios: todo minúsculo, más allá de toda comprensión. Naves como insectos negros y sutiles cabellos de caminos, edificios como el Museion y la legendaria Biblioteca, que habían sustituido definitivamente a la Academia y el Liceo de Atenas en la cultura de la época, observados desde aquella altura eran pequeños granitos de sal.

En la Biblioteca se custodiaban cerca de setecientos mil volúmenes en rollos de papiro: todas las obras del hombre, desde Tales en adelante, recogidas durante años y años de paciente labor. A poca distancia surgía el Soma, que contenía el cuerpo sepulto de Alejandro Magno.

De la puerta del Sol a la puerta de la Luna, recorría la ciudad la vía del Canopo, que, incluso en aquella tarde calurosísima, estaba

llena de gente que se movía sin tregua, vestida con una simple falda o con un palio claro sobre la bronceada piel. Los esclavos llevaban pequeños palanquines de madera de papiro cubiertos de telas blancas, por las que asomaban brazos deslumbrantes de pulseras. Unos mulos cargados de mercancías levantaban lentamente el polvo de la calle, los aguadores ofrecían cucharones que sumergían sensualmente en jarras de cobre de brillante superficie. Gritos, órdenes, plegarias. Mugidos. Tintineo de cascabeles. Y, sobre todo, el sol. Sus rayos cegadores encendían resplandores en los muros blancos de las casas elegantes y lujosas del Bruqueion y de las bajas y desgarradas del barrio hebreo.

Aquí las casas eran blancos bloques cuadrangulares con pequeñas ventanas profundas, cerradas con cortinas de algodón azul sostenidas por sutiles varillas de menos de un codo de largo.

Asomado a una de ellas, inmerso en la tenue atmósfera de la luz ambarina que filtraba el tejido, un hombre anciano dejaba vagar sus ojos por el panorama y por las maravillas de aquella ciudad única en el mundo conocido, nacida según los principios geométricos de la urbe ideal de Aristóteles. Parecía gozar del esbelto sosiego de la soledad y esperar con paciencia que el sol descendiese sobre los mares occidentales y sobre las tierras resacas de Cirene.

El hombre aspiraba el gusto especiado de las hojas que él mismo secaba y desmenuzaba sabiamente y, al mismo tiempo, disfrutaba del regusto salobre que salía del mar. El humo de la pipa de caña se dispersaba lentamente en el aire inmóvil, y se hacía de improviso invisible una vez cruzado el tramo que separaba la sombra de la luz de la tarde, dejando tras de sí un olor agradable.

Su perfil aguileño y afilado se veía envejecido por una larga barba blanca mechada de gris. Vestía una túnica ligera de amplias mangas, escotada sobre unos hombros huesudos y marcados por la larga exposición al sol.

La atención dedicada al espectáculo que ofrecía aquella vista encantadora no le impidió sentir los pasos que se aproximaban a su

derecha, tan ligeros que bastaba para hacerlos casi imperceptibles. Aspiró otra vez; después los ojos se hundieron en una sonrisa llena de alegría.

—¡Tío Jetró! ¡Tío Jetró!

El viejo se volvió hacia la niña y le acarició los cabellos rizados y oscuros, como si fuera madera quemada al fuego. La piel era morena y los ojos, negros de azabache. Se parecía tanto a su hermana que estaba tentado siempre de llamarla Sara en vez de Miriam.

—Adorada sobrina, ¿qué quieres de tu viejo tío? —le preguntó, con los ojos ancianos adornados por el afecto.

—Tío Jetró, hemos llegado. Mamá los está haciendo entrar.

Jetró la levantó y dejó que lo abrazase aferrándolo alrededor de la nuca. Le murmuró cálidas palabras de ternura, con el rostro inmerso en sus cabellos perfumados. «¿Cómo no se va a amar la existencia que reserva perlas tan inestimables, y cómo no se van a dar gracias al Señor por lo que nos da día tras día? La vida es un collar de estas perlas al cuello de cada uno de nosotros», pensaba el viejo.

La niña le tiró de la barba y alargó el brazo, indicando con la manita. El hombre volvió a darse la vuelta hacia la costa, más allá de la ventana abierta, siguiendo con la mirada el pequeño dedito y entrecerrando los ojos por la reverberación del sol sobre la refulgente piel del mar. A lo lejos se veía una vela, aparentemente inmóvil, como un trozo de confeti suspendido en el aire. Pero nada es verdaderamente inmóvil en la vida.

—Bien —murmuró, con la sonrisa que moría—. Comportémonos como buenos anfitriones, en nombre del Altísimo.

ANTECEDENTES

GRANADA, OCTUBRE DE 1492

ABRIÓ LOS OJOS. Pasó con viscosa lentitud de la inconsciencia a la vigilia, escalando, paso a paso, un plano inclinado de sufrimiento. Aguzadas hoces lacerantes se enlazaban con breves instantes de alivio inesperado. El aire estaba inmóvil, casi líquido, y respirar se asemejaba a flotar de noche en un lago, por el esfuerzo desesperado de tener la boca fuera del agua.

Tiniebla sobre tiniebla. Oscuridad amontonada sobre otra oscuridad. Después, los colores de recuerdos lejanos se sobrepusieron al negro y crearon imágenes deformadas, angustiosas y desesperadas. La memoria retrocedió a retazos obsesivos, parecidos a algo que se observa correr detrás de una celosía sin poder distinguir bien los contornos.

Por algún rincón de la mente recordaba la lectura de las actas, declamadas en alta voz por el notario durante el proceso: «*Die quarto mensis Junii* se le detuvo, acusado de cumplir los mandatos del israelita no arrepentido. *Ministri duxerunt eum ad locum tormentorum*»^{i*}.

Una maraña de dolores diversos, todos incandescentes y enlazados por vínculos indisolubles a cada pequeña parte de su

* Las llamadas en números romanos señalan expresiones latinas cuya traducción se puede encontrar al final del libro: *Traducción de expresiones latinas*.



cuerpo. Tan intensos que superaban a menudo los confines bioquímicos de las terminaciones nerviosas, cuando el cuerpo de un hombre ya no siente sufrimiento.

«*Eodem die Domini mandarunt eum elevari*, y es elevado y colgado con los brazos a la espalda»ⁱⁱ.

Los hombros dislocados solo permitían movimientos desarticulados. Ya no sentía las cadenas que lo habían atado a los aros murales, pero es una pobre consolación, una libertad de la que de ningún modo se puede gozar.

«Aún estoy vivo», se repetía cientos y cientos de veces, los pensamientos que se retorcían como las mujeres en el parto. «Todavía soy un hombre, a pesar de todo. Tengo la dignidad de un hombre y no la perderé por ninguna razón del mundo, pase lo que pase. No les permitiré que me humillen también mentalmente, después de haber destruido mi cuerpo».

Comenzaron de nuevo con la cuerda, que entró en las muñecas y desvelaba viva la carne de los brazos del condenado. Atormentado cuarenta horas por los funículos hasta los huesos y en el tormento precipitado acabó en carne viva, buena parte de la cual terminó después machacada y podrida.

Abandonado sobre un camastro, notaba el hedor nauseabundo de sus propios excrementos.

«Veinte testigos confirmaron que él no tiene en las estancias imágenes de Cristo, ni de la Virgen ni de ninguno de los santos venerandos».

Cada respiración era un vidrio roto que se le clavaba en el pecho. Sentía salir las llamas y ascender por la tráquea.

«*Ab eo non dicitur Gloria Patri, Filio, Spiritui Sancto sino solo Gloria Patri*»ⁱⁱⁱ.

En la boca, el sabor ferroso de la sangre.

«Come carne los viernes y en la Semana Santa. No se comunica y no *dicit orationes sed movet oram*. Observa el descanso del sábado»^{iv}.

Escupió una bocanada.

Poco a poco, la oscuridad se esfumó. Paulatinamente, los ojos se habituaron a la penumbra y, lentamente, volvió a ver a su alrededor. No mucho, en realidad, pero bastaba para completar un mosaico de terror.

«En sábado, las chimeneas de su casa no echan humo. En sábado, no se le ve salir de casa».

Miró una vez hacia arriba.

«*Visus est lintheum*^{1*} *mutare* al anochecer del viernes»^v.

A su alrededor, muros y hierro.

«*Atque pulsata prima hora noctis* el condenado repetía a los ministros “tengo sed” *et minister ei dicebat* “primero revela *nomen aliorum iudaeorum*”. *Et postea* sometido a las máquinas»^{vi}.

A la izquierda, entrevió los últimos peldaños de un tramo de escalera, levemente iluminado por la llama de una antorcha, escondida en la pared.

«*Post hora sexaginta, cum minister aliud ab eo habere non potuit*, mis señores declararon que se pusiese fin a la sesión y decidieron que fuese levantado finalmente del suplicio, por eso viene ordenado se den medicamentos para las fracturas y luxaciones. *Atque mandarunt ipsum reponi in locum suum*, y fue llevado a la celda»^{vii}.

Por encima, la débil penumbra revelaba una pequeña ventana de sótano, protegida por una rejilla metálica. El pavimento se inclinaba hacia una abertura circular dispuesta exactamente en el centro de la estancia, a la que iban a parar el agua y los fluidos. El viejo distinguía ahora, apoyándose lentamente en la pared a su izquierda y débilmente iluminado por dos velas puestas en los extremos, una mesa cubierta con un paño. Detrás de esto, unos frailes vestidos con capas negras estaban sentados, rígidos, con los

* Las llamadas en números arábigos señalan las notas de los autores situadas al final del libro: *Comentario de los autores*.

rostros invisibles, velados por capuchas con bordes de tejido blanco.

Poco a poco consiguió ir reconociendo, cada vez con más precisión, los contornos de los objetos a su alrededor, y no eran precisamente tranquilizadores.

«*Et postea* sometido a las máquinas».

Máquinas.

Mecanismos. Cuerdas, poleas, tornillos, garruchas, travesaños en cruz, engranajes.

Un infierno gobernado por sustancias elementales. Metal y fuego.

Un destello pulsante circundaba la boca de un barril en el que estaban apoyadas las empuñaduras de instrumentos desconocidos. Una gran serpiente negra colgaba del techo, unida a la pared con un gancho; sus espiras estaban compuestas por anillos que se perdían en lo alto, en la oscuridad: una cadena.

Había algo que parecía un sarcófago vertical abierto, con una especie de molde de forma más o menos humana. Por fuera, sobre la parte superior, un rostro femenino de metal miraba la oscuridad con ojos sin pupilas. Dentro de aquello se vislumbraban hojas puntiagudas que asomaban por las paredes como púas de puerco espín.

—Esa es la *Mater dolorosa* —oyó decir.

La voz parecía salir en hilos de los invisibles intersticios de los muros hechos de piedra tosca. Con tormento volvió la cabeza, hinchándose la arteria a caballo de los músculos tensos bajo la mandíbula.

—El nombre tiene un sentido, en realidad. Se encierra a alguien en el interior y se sale parido en el dolor. Pero, con menos fantasía, también se la llama la *niña de hierro*. Y no tengo que explicar el motivo.

Era un fraile. Dominicano. Anciano, de unos setenta años. El rostro parcialmente hundido en la sombra de la capucha. Nariz

recta y sutil. Alto y delgado, severo, con el porte noble de un halcón. La capa era negra con el amplio escapulario blanco, sin adornos. Únicamente, un crucifijo en el pecho. Las largas manos carecían de vello, entrelazadas bajo las bocamangas. De aspecto duro y seco como el viento del desierto.

Debía de estar escondido a la sombra desde hacía quién sabe cuánto tiempo, para observarlo como si fuese un animal encerrado en una jaula. De la bestia se estudian los movimientos y las reacciones. Se analiza el comportamiento instintivo sin ser visto, porque el observador observado altera inexorablemente el comportamiento de la presa.

Acercó la antorcha al rostro, tanto que el otro pudo sentir el calor vívido y reconfortante que se difundía sobre las sienes, corría hasta la nuca siguiendo los tendones.

—Rabino, conque solo hayáis percibido el dolor que me provoca haceros sufrir de este modo, acaso consigáis perdonarme.

El otro tosió a través de las costillas partidas. El rostro cinéreo. Los párpados temblaron antes de semicerrarse.

—El perdón es una prerrogativa cristiana, aun más que hebrea —murmuró jadeando.

El fraile sonrió, amargo.

—Es verdad. Eso dicen. Pero espero que podáis hablar cuanto antes, de manera que podamos poner fin a este tormento. Ver sufrir a un hombre como vos me duele.

—No diré ningún nombre, señor. Podéis hacer de mi pobre cuerpo lo que queráis. Y lo que vaya a revelar bajo tortura será proferido *causa furoris aut infirmitatis*, solo por demencia o inconsciencia.

El fraile mascó un suspiro y se volvió hacia un hombre corpulento, con el rostro cubierto por una máscara de metal, de pie a su derecha.

—En tal caso, por desgracia, deberemos proseguir —dijo con sincero pesar—. Muéstrale una vez más las máquinas.

Las llamitas pintaban en las paredes unas sombras gigantes. El hombre asintió y se acercó. Llevaba un delantal de cuero remendado que casi llegaba al suelo.

—El tenedor... —recitó con voz neutra el verdugo, indicando un mecanismo que parecía un insecto enorme. Acarició con placer casi sensual la cinta de cuero, unida a dos horcas con púas de hierro contrapuestas que iban fijadas bajo el cuello, impidiendo a la víctima mover la cabeza en ninguna dirección y, sobre todo, adormecerse en la ordalía del sueño sin quedar degollada—. El disco de Núremberg... —prosiguió, tocando un plato metálico.

En el aire, las palabras resonaban fuertes y precisas, según las normas de procedimiento. Un sirviente acercaba la antorcha a cada mecanismo indicado, para iluminarlo y hacerlo perfectamente visible.

—... La cuna de Judas... —enunció monocorde la voz, distorsionada por la máscara. La luz reveló los contornos de una pirámide de bronce, con la superficie marcada por hojas y pinchos, construida para insertarla en el ano y dilatarla mediante un mecanismo de expansión. Alguno de los presentes no resistió la sugestión e infringió la regla del silencio, dejando escapar un gemido sofocado.

—¡Callaos! —ordenó el notario. Era un hombre bajo, con una calvicie incipiente, gordo como una oca y con las mismas proporciones entre cabeza y cuerpo.

—... La cigüeña... —reanudó el verdugo su exposición, pasados unos instantes.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del fraile, él mismo conmovido y turbado. Era un inquisidor, encargado de conducir sin dudas la lucha contra la heterodoxia, la *verdad diferente*. El objeto de su vida era reconducir al hombre al camino de la Iglesia, sacrificando quizá el cuerpo, pero salvando el espíritu. Porque la carne que se contorsiona en la hoguera se corrompe y muere en el fue-

go, pero el alma va al cielo en las alas grises del humo, impulsada hacia Dios por los gritos y los lamentos.

—Me estoy haciendo demasiado viejo, Señor.

El corazón firme de la juventud estaba hoy corrompido por el gusano de la compasión. La indulgencia excavaba galerías de conmisericordia en su mente. Pero ya antes había estado muy cerca de renunciar a su cometido. Aquel pobre viejo judío no era más que un hombre destruido, con el rostro hinchado y ya deforme. Se esforzó para no mirarlo, alejando la piedad. Comprendía, con una mezcla de angustia y alivio, que las emociones estaban adquiriendo ventaja sobre la frialdad propia de su papel. Aquellas emociones que eran una losa sepulcral para el cometido de un inquisidor.

—... El potro...

No se había vertido una gota de sangre. *Ecclesia abhorret a sanguine*^{viii}. Esto significaba que la tortura se detenía *citra sanguinem*, antes de que apareciera siquiera una gota. Si se llegara a la hemorragia, la sesión debería interrumpirse para dar alivio al ajusticiado y para sustituir al verdugo de rango eclesiástico por otro perteneciente al brazo secular.

Toda sesión iba precedida necesariamente por la minuciosa descripción de los instrumentos de tormento, para que la víctima supiese a qué se enfrentaba en caso de reticencia.

La tortura había disfrutado siempre de un respetable lugar en la historia de la Iglesia. Jerónimo y Pedro Lombardo la habían considerado un noble artificio para la búsqueda de la verdad. Tomás de Aquino había escrito directamente que uno de los placeres de los elegidos en el paraíso debía ser mirar desde lo alto los tormentos infligidos a los condenados.

—... La silla inquisitorial...

El fraile se volvió.

—Basta —ordenó bruscamente.

El ejecutor dejó de hablar, golpeado en pleno rostro. Una orden del inquisidor hacía temblar incluso al verdugo. La Santa

Inquisición era un espectro temido por todos, incluso entre los mismos religiosos.

El fraile dobló una rodilla y acercó la cabeza al hebreo.

—Rabino, decidme los nombres, os lo ruego. En caso contrario, me veré obligado a traer aquí, uno tras otro, a todos los miembros que sospecho pertenecen a vuestra comunidad y a infligirles los mismos tormentos que vos habéis sufrido. Reveladme quiénes son los hebreos impenitentes. Necesito conocer los nombres de quienes han abjurado en falso de vuestra herética parvedad* y han fingido la conversión a Cristo, para persistir después en el mismo pecado. Quiero saber quiénes prosiguen en las liturgias de los padres, quiénes se reúnen en las bodegas para leer los libros prohibidos. He sabido de la existencia de grupos de personas que se obstinan, aquí en Granada, en celebrar los antiguos ritos, en respetar las normas prohibidas, en circuncidar en secreto a los niños. Os lo ruego una vez más. No me obliguéis a hacer lo que no querría.

El hebreo respiró sonoramente entre los dientes partidos.

—Tened el valor de mirarme, hermano. ¡Oh, no, no a los ojos! Al alma —murmuró—. Eso es; ahora sabed que no os diré nada. No podría presentarme ante Dios con este peso en la conciencia. Vos sois hombre de cultura y dignidad. Esforzaos por comprenderme.

—Puedo comprenderos, viejo. No creáis que este hábito negro esconde un alma del mismo color —dijo, abatido—. Es un comportamiento que os honra, pero os condena. No puedo secundaros.

—Perdonadme, señor —intervino el notario con deferencia, dejando su banco, sobre el que estaban apoyados numerosos rollos de pergamino y un enorme libro encuadernado en cuero,

* Se consideraba *herética parvedad* la falsa conversión al cristianismo, manteniendo, sin embargo, los ritos y costumbres de otra religión. (*N. del T.*)

con el símbolo impreso de la Suprema Inquisición de Castilla—. Si habláis en voz baja, no consigo entender lo que se dice. Sabed que mi cometido es el de transcribir toda palabra pronunciada en esta celda, y necesito escucharlo todo.

Tenía una pluma en la mano izquierda, sostenida con elegancia. Esperaba una respuesta que no llegó. El fraile no se dignó dirigirle una mirada siquiera.

—Rabino, os lo ruego —insistió.

El hebreo inclinó lentamente la cabeza.

El inquisidor suspiró, con los ojos brillantes.

«¿Por qué? ¿Por qué aún esto? ¿Acaso no acabará, Dios mío? Sin embargo, si esta es tu voluntad, así sea».

—Haré conducir a todos a esta celda —le susurró—, a vuestros parientes, a los amigos, a las mujeres. Quienes estén mamando, lo harán de los senos de las madres torturadas. Todos los que conocéis, rabino. Desde el primero al último. Mientras, cada espacio entre estos muros estará lleno de brazos, piernas, manos, ojos desesperados. Y cada uno de ellos sufrirá, cada uno llorará. Morirán. ¿Queréis esto verdaderamente?

El judío apretó los labios. Todos los que amaba. El viejo Benjamín. Y Miriam, su hija de trece años. Abraham... Y Josías. Y Jacob.

«No. El pequeño Jacob no».

Y decenas de otros.

«No».

—Esperad —murmuró, aferrándose al tejido del hábito—. Dejadme morir sin vergüenza y os daré lo que sea a cambio.

—¿A cambio? ¿Y qué podéis ofrecerme que valga tanto, viejo?

—Algo que puede interesaros mucho más que la vida de unos pocos judíos. Algo que está perdido.

El fraile inclinó la cabeza, resoplando por la nariz.

«Algo que está perdido».

Era una tentativa desesperada, y lo sabía. El terror y el abatimiento llevan al hombre a suplicar e implorar en vano.

—¡Fuera! ¡Ahora mismo! ¡Todos! —gritó, mirando hacia delante.

El notario lo miró estupefacto.

—Señor, permitidme disentir —protestó con voz penetrante, tratando de reunir el valor necesario para oponerse abiertamente a la decisión. El sudor le iluminaba la cara y la amplia frente. Las palabras salieron de la boca con el aullido del miedo—. Yo no puedo salir de aquí. Yo debo asistir a toda audiencia o sesión de suplicio para redactar las actas. Y está prescrita la presencia de testigos, que deberán suscribir las actas. Lo que ordenáis está absolutamente en contra de las reglas.

—Lo sé. —La voz del fraile tenía la consistencia del hierro—. Las reglas las he escrito yo. Son míos los veintiocho artículos del código, sabedlo bien. Pero también tengo el poder de administrar el procedimiento del modo más adecuado para la salvación del alma de este hombre, y para el bien de la Iglesia. Y por esta finalidad superior puedo razonablemente modificar los preceptos del procedimiento.

—Pero, al menos, debe realizarse la redacción de las actas del interrogatorio —insistió el notario, mostrando las manos abiertas—. ¿Quién anotará las circunstancias y las palabras que se pronuncien si salgo de aquí? El proceso perderá valor legal. Será todo *tanquam non esset*^{ix}, absolutamente inválido.

—El proceso no perderá ningún valor. Yo seré quien complete las actas a continuación, inmediatamente después del fin de la sesión.

—¿Vos? Pero es irregular, señor. Corresponde a un miembro de mi corporación y a nadie más.

El fraile enderezó los hombros. Demasiado fácil.

—¿Acaso estáis diciendo que el mandato de la Inquisición de Castilla y Aragón, conferido por el mismo pontífice, está su-

bordinado al consentimiento de vuestra corporación? ¿Que la autoridad de la Iglesia está condicionada por el bienestar de un gremio laico de oficios? Si así fuese, habríais blasfemado. Y, en consecuencia —concluyó con una ligera sonrisa, que no consiguió retener— debería haceros detener inmediatamente.

El notario palideció. Algo se quebró como una pequeña rama. Era su voz.

—No, señor. No pretendía... Me voy. Me voy de inmediato.

Una mancha de orina se extendió entre las piernas, pegándole la ropa a los muslos. Balbuceó alguna otra palabra incomprendible y se alejó.

El fraile se volvió:

—Ahora salid. Todos —repitió.

Los frailes se miraron, confusos. Nunca había ocurrido. Increíble. Unos hilos invisibles de miradas prohibidas se cruzaron sobre las llamas de los cirios. Nadie osó hablar. Si hubiesen podido, habrían evitado respirar. Abandonaron en silencio la larga mesa y salieron, uno tras otro, con palpable cuidado de evitar incluso el más simple rumor de pasos.

El inquisidor se inclinó sobre el hebreo. Se habían quedado solos en la celda vacía.

—Ahora hablad.

El viejo abrió de par en par los ojos que, ante el fuego, brillaron de luz profunda como si fueran dos fragmentos de cristal negro.

—Jurad. Juradme que mi gente no correrá peligro.

—Eso habrá que valorarlo a continuación de lo que hayáis de decirme. Si de verdad es algo importante para la Iglesia, los ayudaré. Puedo daros mi palabra de que juzgaré con equidad. Dios es testigo.

El hebreo cerró los ojos. La oscuridad, de repente, pareció un lago templado, dispuesto a dejarlo flotar con serenidad. El Señor, loado sea su nombre, le permitía no desaprovechar su muerte.

PRIMER DÍA

SANGRE EN LUCA

LA PLUMA PARECÍA UNA PEQUEÑA SERPIENTE OSCURA QUE apenas se deslizara fuera del borde de cuero del registro catastral de los terrenos.

La estancia era austera, como correspondía a un funcionario de la Hacienda de la República de Luca. Las consumidas tablas de madera del pavimento crujían al mínimo paso; las paredes, otrora blancas, eran ahora de color ceniza, ennegrecidas por el humo maloliente de las velas de sebo. Junto al crucifijo, un único cuadro recubierto de una pátina de porquería antigua que casi había ocultado la imagen de un santo, arrodillado, con los brazos abiertos y las palmas de las manos vueltas hacia Dios. Todos los santos oraban siempre en la misma posición, como soldados disciplinados de un extraño ejército.

«Debo trabajar, seguir trabajando».

Ermete se volvió hacia el santo con la mirada distraída, nublada con un barniz de tristeza.

Dos días antes lo había interceptado por la calle una señora anciana.

—*Messere Dei Mazzei, messere*, escuchadme, os lo ruego. Estamos en la ruina, debéis ayudarnos. La tierra. Mi yerno muerto.

Las manos mantenían firme el velo sobre la cabeza. Manos duras, nudosas. De campesina.

—¿Me reconocéis? Mi marido, Dios lo acoja consigo, estuvo en las dependencias de vuestro papá durante muchos años. Cuando los hijos se hicieron mayores, con los míseros ahorros de toda una vida decidió comprar la tierra en las Seis Millas, en los confines de la vicaría de Moriano. Pocas yugadas, pero suficientes para nuestras necesidades y para criar algunos cerdos.

Se interrumpía, miraba a su alrededor, bajaba la voz. Una sombra le pasó sobre la cara como si el sol hubiese cambiado imprevistamente de ubicación en el cielo.

—Después, empezaron las desgracias. Mi hijo mayor se fue por las fiebres; el pequeño murió en el último encuentro con los florentinos. Poco después, mi marido se fue al cielo después de una vida de sufrimientos y dolores. La mayor se casó hace cuatro meses con un joven de bien, voluntarioso, que se hizo cargo del terreno. Día y noche, día y noche en el campo, sin conocer los domingos. Y nosotras detrás para ayudarlo a cortar el heno, a sembrar, a cuidar los animales. Hace cuatro días que murió, dicen que por un accidente. Desgracia sobre desgracia.

Una leyenda cuenta que las lágrimas son la amenaza de Dios, para recordar a los hombres el peligro de acabar ahogados con un nuevo diluvio universal. La gota había brillado a la luz del sol sobre el rostro marcado por las arrugas. Del delantal había sacado un pañuelo sucio y se estaba enjugando los ojos.

—Pero yo no lo creo, señor. Lo han encontrado junto al río, con la cabeza rota. Dicen que metió el pie en un hoyo, se resbaló por la pendiente y dio con la cabeza en una piedra, en el fondo, dentro del agua. —Estaba agitada, reforzando el sentido de sus palabras—. Pero en aquel rincón del campo no había nadie más. No había motivo: teníamos las bestias en una cabaña en otra parte completamente distinta, los cultivos acaban mucho antes de la pendiente. Para regar, no utilizamos en absoluto el agua del ría-

chuelo; habíamos excavado un pequeño canal. —El tono de la voz había disminuido, convirtiéndose en un susurro—. ¿Sabéis quién ha encontrado a mi pobre yerno? Los jornaleros del señor Torregiani; el terreno que está más allá del río es suyo. ¿Y sabéis qué ocurrió ayer? Llorábamos y nos desesperábamos cuando vino *lullí*², con su bella capa roja y su hermoso sombrero con pluma, y nos dijo que nos quería ayudar. «Vendedme el terreno», dijo, «vendedme el terreno, pero vosotros podréis seguir viviendo hasta que encontréis algo en otra parte, vuestra hija puede entrar a nuestro servicio. Os haré un buen precio», nos dijo. ¿Comprendéis? Lo ha hecho matar para quedarse con la tierra. ¿Ahora quién ayudará a las pobres mujeres?

El pañuelo de nuevo al delantal. Había mirado a Ermete con esperanza, el pan seco de los sencillos.

El hombre le había puesto una mano sobre el brazo.

—Mujer, no soy yo quien os puede ayudar. Id al comisario. Yo me ocupo de los impuestos, no soy un guardia. Me gustaría seros útil, pero no está en mi mano. Ahora, os lo ruego, dejadme pasar.

Después, Ermete se dio la vuelta y se alejó sin saludar. Podría parecer soberbia, pero era impotencia. El torrente de rabia que esta le vertía en su interior se convertía en ácido en su garganta. Sobre sus hombros pesaba la mirada desilusionada de la mujer.

Ahora comenzaba a hacer menos frío en la austera estancia.

El primer sol primaveral de aquella mañana de mayo del *anno Domini* 1494 entraba en oblicuo por la ventana e iluminaba la vieja mesa atestada de registros, mapas catastrales, hojas de papel llenas de cifras, apuntes desordenados. Los pétalos oscuros de las manchas de tinta.

Ermete dei Mazzei era el más joven de los seis consejeros de la Oficina de los Impuestos de la República de Luca. Su familia pertenecía al núcleo de los pequeños latifundistas del condado, poseía tierras cultivadas y animales de granja, pero siempre había

sabido que la propiedad, muerto el padre, sería heredada por el hermano mayor.

Ermete había estudiado con los frailes y, con una buena instrucción y un buen nombre, podría hacer carrera en la ciudad. Había sido soldado de la República y combatido en las montañas de las vicarías contra los bandidos, los contrabandistas y los soldados florentinos, cuando estos se habían acercado a las fronteras. Escaramuzas, en realidad. Pero se había vertido sangre en abundancia. Mucha hierba roja había crecido bajo los cadáveres.

No había permitido que el padre pagara la cuota para evitarle el servicio de armas, como había hecho de buena gana con el hermano mayor.

«Sí. Soy un hombre terrible. Pero me gustaría ser solo un hombre. En realidad, no querría ser nada».

Aquella pobre mujer. Víctima de la violencia como otros infinitos *povericristi*^x en aquellas tierras duras, en aquellos años malhadados. Historias de brutalidad y ferocidad, sin esperanza.

«¿Es posible que solo los indigentes y los débiles tengan que pagar siempre?».

Cada ducado del rico se acuñaba arañando los huesos de la gente pobre.

«Quiero ver bien estos registros catastrales, quiero controlar las adquisiciones de terrenos. No parece que nunca se haya interesado por la adquisición ni por la compraventa de terrenos. Su familia se ocupa del comercio, no de las tierras».

«Sin embargo... Desde hace cerca de un año, compra primero veinte yugadas, después, cuarenta y después, otras treinta y cinco».

Noventa y cinco yugadas.

«¿Dónde están estas tierras? ¿Y qué hace con ellas un comerciante?».

Ermete estaba concentrado en las cartas y no se dio cuenta de que un guardia había abierto de repente la puerta sin llamar.

—*Messere Dei Mazzei*, venid conmigo, ¡inmediatamente! Requieren vuestra presencia el *capitano di città* y los *anziani*. Han encontrado el cuerpo de uno de ellos. ¡Daos prisa! Debo conducirlos al anfiteatro.

El tiempo de cerrar la lectura, alzar la cabeza hacia la pared de enfrente y girarla hacia la puerta. El mensaje había sido transmitido y terminado.

—¿Qué has dicho?

—Venid conmigo, ¡rápido! Han asesinado a un notable.

—Ve a decirle a tu capitán qué quiere de mí.

—Es el capitán quien me envía a buscaros. Está con los *anziani*.

—¿Los *anziani*? ¿Qué dices? Los *anziani* están siempre ocupados en litigar entre ellos.

El hombre lo miró implorante:

—*Messere*, permitid que cumpla la orden de mi superior. En caso contrario, me haréis pasar un mal rato.

Ermete suspiró.

«Es un día caluroso».

La capa podía quedar colgada, haciendo compañía a la imagen del santo triste.

Bajaron los dos por la escalinata de mármol, salieron del Palazzo di Città y se dirigieron a paso ligero hacia la vía Fillungo. Iban a pie porque, en lo que dura un rosario, Luca se atraviesa de punta a punta y ellos tenían aún menos camino que recorrer.

La ciudad estaba completamente rodeada por una potente coraza de murallas que la defendía de las amenazas de los enemigos de la República. Las vías principales repetían, alargándolo, el mismo trazado antiguo de la cruz formada por el *cardus* y el *decumanus* del antiguo *castrum* romano. La vía Fillungo era el *cardus*.

La actividad a lo largo de la calle era bulliciosa e incómoda para quien la atravesara. Carros tirados lentamente por mulos, cargados de mercancías y alimentos. Vaquillas y caballos de tiro

marchaban en fila a breve distancia unos de otros como si fuese día de mercado. La vía Fillungo era recta durante un buen trecho, pero era estrecha y, cuando se cruzaban con un carro que marchaba en sentido opuesto, reducían la velocidad para no chocar entre ellos y para descanso de los peatones.

Los bancos ocupaban amplios rectángulos de la calle, proyectando sombra sobre las lanchas de piedra gris pulida, marcada por el paso solemne de las ruedas y manchada por los excrementos de los animales.

Ruido de zuecos, de metal. Voces que se elevaban, se fundían, reverberaban sobre las paredes exteriores de los elegantes palacios, un poco ahogadas y un poco amplificadas por el barullo de las ruecas, de las piedras de molino, de los martillos, de los trabajadores que se afanaban en la calle en el piso bajo.

Ermete perdió el hilo de su pensamiento: el barullo y el movimiento lo desorientaban.

«No era así en la batalla».

Después, la trampa del dolor atrapó, sofocante, su cuello.

«No era así cuando estaba ella».

Cuando terminaba el trazado romano, la vía torcía bruscamente, signo evidente de unos tiempos más desordenados. Llegaron a un espacio abierto desde donde se vislumbraba el campanario de la iglesia de San Frediano, giraron a la derecha y desembocaron en una calle tortuosa. Rápidamente, el ruido disminuyó, convirtiéndose en un rumor opaco. Ahora, podían oír el sonido de sus pasos sobre el pavimento.

Poco más allá, a la izquierda, absorto con el paso de los siglos por las murallas de la ciudad, surgía el en otra época imponente anfiteatro romano, capaz de albergar a diez mil espectadores. Quedaba de él un tramo del muro exterior y, en aquel muro, la cárcel de la ciudad. Los revestimientos de mármol, las estatuas, los escalones de piedra habían sido saqueados y utilizados como material de construcción para los nuevos palacios. En el espacio

que una vez había albergado la tierra oscura de la arena se alzaban casas pobres habitadas por agricultores que solo unos pocos años antes se habían convertido en ciudadanos, pero habían mantenido minúsculos huertos.

El guardia condujo a Ermete hacia aquellas casas. Un pequeño grupo de gente bien vestida hablaba animadamente. Uno los vio acercarse, advirtió a los otros y todos se volvieron hacia él.

Un manípulo de soldados armados mantenía alejados a los curiosos. Superada la barrera de los guardias, Ermete se detuvo, confuso. Los más importantes representantes de la República de Luca estaban allí. El confaloniero de Justicia; el jefe del Consejo de los Nueve, que lo conocía bien. Al menos otros tres *anziani*, que se movían con facilidad en sus espléndidas vestiduras.

El confaloniero se acercó a Ermete.

—¡Aquí estáis, por fin! Mirad alrededor, haced que os cuenten lo sucedido y después venid conmigo a palacio.

Dicho esto, se alejó, atravesó veloz el grupo de principales, salió en el coche en el que Ermete no había reparado aún y partió, seguido por la escolta y los otros *anziani*.

Se acercó el comisario de la ciudad. Lo miró; parecía contrariado.

—Señor —preguntó Ermete—, tenéis a muchos hombres a vuestras órdenes que se ocupan de los homicidios. ¿Qué queréis de mí?

—Si por mí fuese, nada. Yo cumplo órdenes. Haced lo que se os ha pedido y yo haré lo mismo.

—¿Quién ha muerto?

—Uno de los *anziani* a cargo del barrio de San Paolino. Su nombre es o, mejor, era Giacomo Scolario.

—No me es desconocido. En todo caso, es forastero, el apellido no es de aquí.

El comisario hizo un gesto de impaciencia.

—Solo sé que era un comerciante rico y respetado, casado con la hija del viejo Barbani —dijo con una mueca—. Pero ahora, consejero, basta de cháchara; tengo mucho que hacer. Os dejo el caso.

Dicho esto, dio media vuelta, apoyó la mano regordeta en la empuñadura de la espada que llevaba colgada al flanco y se dirigió hacia sus hombres. Gritó algunas órdenes; después, se volvió hacia los pocos curiosos restantes.

—¡Venga, inútiles, perezosos, volved a vuestras cosas! ¡Esto no es el circo, aquí no hay saltimbanquis! ¡Vamos, vamos!

La gente corriente se arremolinaba, movida por la curiosidad. Mujeres con largos delantales, campesinos con sacos de grano apoyados junto a sus pies, cuatro frailes encapuchados, artesanos y trabajadores manuales que se asomaban a las puertas de las tiendas. Alguno observaba por la ventana entre los postigos entreabiertos, con el rostro en penumbra. Al oír la orden, a pesar del deseo de saber, todos se dispersaron rápidamente.

Ermete miró la fachada de la casa. Le inspiraba melancolía.

Tenía el aspecto de una calavera. Las ventanas eran órbitas vacías, sin cristales ni persianas; las tejas del tejado separadas. Se vislumbraba una trama de vigas ennegrecidas. Un cardenal de humedad desfiguraba el enlucido.

El portón era la garganta oscura de aquella calavera. Las dos hojas de madera basta y podrida se esforzaban por mantenerse cerradas.

Ermete subió un escalón de piedra y empujó la puerta, que, en vez de girar, cayó sobre el pavimento de ladrillos rojos, levantando una nubecilla de polvo blanco.

El cuerpo se vislumbraba, tumbado sobre un costado. El tórax y la cabeza estaban piadosamente cubiertos con una sutil capa de seda negra. Alrededor, todo eran arabescos de sangre. Ermete levantó la capa y observó el rostro de un hombre de cerca de cuarenta años que parecía querer descansar tras una jornada

de fatigas. Pero los vestidos que llevaba contaban una historia diferente: zapatos bajos de becerro con hebillas de metal, medias rojas cubiertas a la altura de la rodilla por un pantalón marrón; un bello jubón de seda bordado de raso de color oro y botones de hueso trabajados y taraceados; la refinada vestimenta de un ministro de la República.

Un hombre que, en la mañana del último día de su vida, se había alejado de palacio sin la capa amarilla de ordenanza, pero llevando otra negra para mimetizarse. En una hora o dos estaría dentro de una caja claveteada. En un mes, nada se volvería a saber de él.

Por ley, los *anziani* en servicio activo no podían abandonar el Palazzo. Por eso, debía de haber salido temprano, antes del alba, de noche. Había eludido o comprado a los centinelas y había ido al encuentro de su destino.

Los zapatos estaban relucientes. No había atravesado las murallas, no había andado por el campo y, ciertamente, los centinelas de las puertas no habían visto a nadie. En las manos, brillaban dos anillos preciosos, uno con un sello, el otro con un grueso rubí. Quien lo hubiera matado no le había robado.

Los asesinos habían sido por lo menos dos. O quizá tres: dos lo habían agarrado por los hombros y el tercero lo había matado.

Ermete observó la capa y el dorso del hombre. Sobre la espalda, las heridas estaban rodeadas por los bordes deshilachados de los cortes en el jubón. Cuatro cortes limpios próximos entre sí, manchados de sangre coagulada, causados por una hoja. Puñal de sicario hábil y veloz.

El jubón estaba desabrochado. Los bolsillos, vacíos; probablemente, alguien habría buscado ya alguna cosa. El charco de sangre bajo el cadáver todavía no estaba coagulado por completo y seguía el perfil del cuerpo. Scolario quizá estuviera muerto cuando cayó sobre el pavimento, porque no parecía que, al exhalar el último suspiro, hubiese tratado de moverse.

Una ligera pero persistente sensación de náusea avisó a Ermete de que el examen debía concluir rápidamente. No había otras heridas ni abrasiones y las medias adheridas estaban íntegras.

Recogió la capa negra y, como un sudario de lujo, la posó delicadamente sobre el cadáver, dejando que tomase su forma.

«Pobre diablo».

Acercándose a la salida, notó sobre el pavimento gotas de sangre pisoteadas. Aceleró el paso.

El comisario estaba en la calle con los brazos en jarras y las piernas separadas.

—¿Qué decís?

El tono de la voz era tan incoloro que no dejaba traslucir ninguna emoción.

—Digo que está muerto.

Ahora, el rojo de los cabellos parecía plasmarse en el rostro duro del comisario como vino de una jarra. Las manos se cerraron en puños y después un dedo regordete y grasiento amenazó a Ermete, a un palmo de sus ojos negros.

—¡Escribanuelo de mis cojones, yo te diré lo que ha pasado! Seguro que ahí hay un burdel. El rico señor ha ido a descargar la verga, sin decirle nada a su esposa, que sabe que está encerrado en Palazzo. Ha bebido mucho, ha follado a la puta equivocada o ha molestado al cerdo equivocado y lo ha pagado caro. ¡Se ha vaciado por delante de semen y por detrás de sangre!

Ermete se volvió para marcharse.

—Espera un momento, estúpido. ¿Sabes qué es esto? —le preguntó, manteniendo el índice derecho frente a su rostro.

Ermete lo miró con atención, indiferente al insulto. Alrededor del dedo estaba enrollado lo que parecía un minúsculo, sutilísimo hilo negro.

—Es un cabello —prosiguió el comisario sin esperar la respuesta—. Estaba sobre el cadáver. Es el cabello de una puta. Bus-

ca en los burdeles de la ciudad y vuelve después a tu condenado oficio, a hacer cuentas.

—Conocéis bien la dirección de los burdeles y veo que ya habéis resuelto el caso. Pero ahora me tengo que marchar. Me esperan.

Ermete lo dejó allí de pie, inmóvil, mascando su rabia. «Soberano idiota». Se alejó, meditabundo, con las manos en los bolsillos, sin volver por Fillungo, sino escogiendo vías secundarias que, ahora, en el momento de la comida, estaban menos abarrotadas.

Al aire libre, la sensación de náusea se disolvió con alivio, e incluso se transformó en apetito o, mejor, en sed. Vio el cartel de una taberna y sintió el olor de la comida. Entró y se sentó en una mesa; solo quedaban libres dos o tres. En la taberna había tenderos con la ropa adecuada, obreros ruidosos, campesinos que se lamentaban de haber vendido sus mercancías a bajo precio. Mirar la vida después de haber visto la muerte lo inquietaba. Con demasiada frecuencia, a sus ojos, tenían el mismo aspecto.

Pidió al tabernero una sopa de escanda, un poco de conejo estofado con aceitunas y una jarra de vino.

«A tu salud, Giacomo Scolario». No solo conocía el burdel el comisario, «también lo conozco yo». El vino y el burdel, «dos estaciones del mismo vía crucis. Pero ni uno ni otro conducen a la resurrección del espíritu. Ambos llevan al infierno personal. ¿Dónde estás, querido amigo Ortensio? Os necesitaría a ti y a tu Dios, que reza y escucha tanto. Lo necesitaría a Él. Pero Dios ya no está».

La mente seguía trayectorias independientes de las de la vista, presa en el plato de sopa humeante. En la jarra, la superficie roja palpataba a cada paso que sacudía el pavimento, como un pequeño corazón líquido que se contrajera con sus propios ritmos.

Cuando Ermete se levantó, el conejo todavía estaba allí, pero la jarra había quedado vacía.

Estaba ya dispuesto a regresar al Palazzo, a escuchar la falsa moneda de las palabras que para él sonarían y retumbarían hipócritas sobre los tapices de la sala de audiencias. Sería preferible retrasar el encuentro y esperar la luz atenuada de la tarde, que en la estancia se aclaraba con los candelabros de plata del confaloniero.

Salió de la taberna. Hacía tiempo que el vino había empezado a verter lluvia sobre el fuego de sus pensamientos, haciendo silbar las brasas del dolor.

Lentamente se acercó a la puerta de San Gervasio, hizo un gesto a los soldados de guardia y atravesó la muralla. Poco más adelante estaba el convento de las clarisas de San Micheletto, pero él dobló a la derecha. Caminó entre campos cultivados y cabañas de campesinos. Personas y cosas que miraba sin verlas.

La mente era una hiena que una vez más volvía a roerle los huesos de aquel día de un año antes. El dolor pudría las fibras del cuerpo, como un cadáver que envenena un pozo. A veces, le hacía temblar las manos; a veces, le bañaba los ojos; a veces, le cortaba el sueño y la respiración. Le llenaba de úlceras el corazón; el pecho, de aire viciado.

Un dolor que tragaba los recuerdos de sonrisas perfumadas, de besos, de piel luminosa. Le llenaba la mente de sonidos rotos, de olores interrumpidos. De imágenes cortadas como telas rasgadas.

* * *

Aquella maldita mañana, Ermete, con sus colegas de la oficina de las Entrate, de la Hacienda, estaba dedicado a reordenar la cuenta de los tributos de las Vicarie della Repubblica.

En la plaza inferior se habían reunido grupos de personas, mozos y trabajadores que se juntaban y después se dispersaban para reagruparse de nuevo. Insectos, parecían una nube de insectos. O de ovejas pastando. Pero carecían de la bondad de las ovejas.

De un día para otro, la Anona había aumentado el precio del grano y los guardias estaban multando fuertemente los hornos que trataban de panificar con los cereales locales sin pagar la aduana interior.

El hambre es una fiebre que excita los ánimos. Los gritos, el movimiento, la agitación atraen continuamente nuevos presentes a la plaza ya llena. Algunos se acercan solo a curiosar; otros acrecientan la muchedumbre de los manifestantes.

También Ermete se había acercado a la ventana atraído por el rumor. Miraba a quienes agitaban los puños, a quienes gritaban, a quienes corrían de aquí para allá. Después, había sonreído porque entre los espectadores había visto a Aurora, su mujer, su futuro sin nubes. La había conocido en el taller de un tejedor cercano al Palazzo, en el que trabajaba como bordadora de flores sobre damascos de seda. Ermete había levantado la mano, tratando de llamar su atención.

De improviso, lo distrajeron unos gritos más intensos. Un grupo de tipos impulsivos estaba tratando de asaltar los almacenes públicos de la Anona. Los guardias encargados de la defensa de los silos estaban aterrorizados. Habían avanzado, desenvainando las espadas.

Sonaron los tambores. La bandera de alarma se izó sobre la torre.

Del Palazzo habían acudido los soldados de la guarnición.

En un instante, todo se agitó. Las espadas herían, los bastones de los mozos golpeaban.

La sonrisa de Ermete se congeló. Un temblor; las manos, blancas, aferradas a la balaustrada.

¡Aurora!

Había desaparecido.

Rápidamente, bajó por la escalera, corrió, corrió; un pórtico, después el claustro, un túnel oscuro, de nuevo una escalera; llegó al atrio y se encontró en la plaza.

Se detenía, recuperaba el aliento, miraba alrededor, con la vena del cuello como una cuerda inflada bajo la mandíbula.

Gentes que huían, guardias que las seguían. Se había abierto un paso. Aurora estaba allí, muy cerca, casi la tocaba. Tenía delante de ella a un mozo que se peleaba con un soldado.

Salió una espada. La había visto también el mozo, que se acercó al soldado, esquivando la hoja. El hierro prosiguió su trayectoria, cayó sobre el vestido de la mujer, traspasó la piel blanca y reencontró, manchada de sangre, la luz.

Ermete miró el rostro de Aurora. Primero, la sorpresa; pasado un instante, la tempestad del dolor. La cogió mientras caía. Le gritó. Gritó como no creía posible hacerlo. Si hubiese podido, se habría deshecho de los labios, de su frente y del mentón para aullar aún más fuerte. Pero, en el fragor, el alarido era mudo.

Silencio repentino; se arrodilló y la abrazó. Ermete ya no sabía respirar. La tráquea era un tubo lleno de yeso.

Unos guantes rojos recorrían los brazos de la muchacha hasta sus bellos dedos abusados.

—Tengo frío —decía con una respiración tan tenue que no habría movido la llama de una vela.

Él le miró la herida. En su interior, los pulmones hervían de aire color carmín. De repente, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo hacer nada por ti, Aurora, amor mío.

Ella lo miró.

—Aún puedes hacer algo por mí —le susurró. El dolor de quien moría había parido desde aquel momento el dolor de quien seguía vivo.

En torno a ellos, el tiempo se había ralentizado y se había detenido como si fuese cola. Silencio, desesperación, después solo el vacío. Un vacío como un pozo, que se hacía más profundo a cada instante, alargándose como un telescopio hasta el interior de la tierra, hasta el centro maldito de aquel mundo atroz, que bien podía arder ahora. Que acabase ya.

«Facilis descensus Averno», *había susurrado gélida la Sibila a Eneas, que entraba en la ultratumba. «Así de fácil es el descenso al infierno».*

* * *

Ermete tenía lágrimas en los ojos. Le sucedía siempre, cada vez que recordaba aquel día. Los primeros meses había experimentado dolor y rabia; después, solo dolor demente y desconsiderado, con la furia de una rapaz que se retuerce en una jaula demasiado estrecha.

¡Cuánta agua salada somos capaces de destilar bajo los párpados, nosotros, los seres humanos! ¡Cuántas lágrimas había vertido! ¡Cuántas veces había tensado las mandíbulas para hacerlas retroceder en los momentos más extraños! ¡Cuántas veces se había despertado de noche masticando el sabor de la sangre por haberse mordido los labios casi sin separarlos! ¡Cuántas veces había rezado, maldecido, blasfemado contra todos los dioses cuyo nombre conocía para que Dios se acordase de él y lo redujese a la nada en el fuego de su rencor!

Todo salvo seguir sobreviviendo de aquel modo. Todo menos seguir a flote en aquella agua muerta.

Ahora, basta; una tregua debía entrar. El confaloniero lo esperaba.